

*Causas de la guerra de los bizantinos y Aqueo contra los rodios y Prusias. – Aqueo toma bajo su protección a los bizantinos. – Dilatados Estados de este príncipe. Prusias abraza el partido de los rodios. – Infaustos hechos para los bizantinos. – Final de la guerra.*

Para entonces (año -220), los bizantinos, agobiados de impuestos, enviaron primero legados a los griegos, rogando les socorriesen y aliviasen su infeliz estado. Despreciada casi por todos su demanda, la necesidad los forzó a imponer un tributo sobre los que navegaban al Ponto. Todo el mundo se resintió del gran perjuicio e inconveniencia que causaba el tributo que los bizantinos exigían de las mercaderías del Ponto; pero sobre todo se culpaba a los rodios, por ser ellos a la sazón los más poderosos en el mar. De este disgusto se originó la guerra que vamos a exponer. Porque los rodios, estimulados ya de sus propios perjuicios, ya de los atrasos ajenos, asociados con los aliados, despacharon primero diputados a los bizantinos para que se sirviesen levantarles el impuesto. Pero viendo que había sido despreciada del todo su embajada, y que Hecatontodoro y Olimpodoro, gobernadores entonces de Bizancio, se hallaban persuadidos de que tenían justos motivos para obtener de ellos este resarcimiento, los embajadores rodios se retiraron sin haber efectuado nada, y vueltos a su patria declararon la guerra a los bizantinos. Al punto despacharon legados a Prusias para empeñarle en esta guerra. Conocían que este príncipe tenía varios motivos de resentimiento con los bizantinos. Éstos pusieron en práctica igual diligencia y despacharon una embajada a Átalo y a Aqueo para implorar su socorro. Átalo estaba pronto; pero encerrado a la sazón dentro de los Estados de su padre, era muy débil el contrapeso que podía hacer para la victoria. Aqueo, que dominaba todo el país de parte acá del monte Tauro, y acababa de tomar el título de rey, les ofreció su amparo; y en el hecho de haber abrazado este partido, infundió mucho aliento a los bizantinos, así como, por el contrario, gran terror a los rodios y Prusias. Era Aqueo pariente de aquel Antíoco que había sucedido en el reino de Siria, y he aquí por qué dominaba tan dilatados Estados.

Después que Seleuco, padre del mencionado Antíoco, falleció, y sucedió en el reino Seleuco el mayor de sus hijos, Aqueo, asociado con éste por mediación del parentesco, pasó de parte allá del monte Tauro, como dos años antes del tiempo en que vamos. Tan pronto entró a reinar Seleuco el joven, informado de que Átalo tenía ya sojuzgado todo el país de parte acá del monte Tauro, resolvió poner remedio en sus cosas; pero, atravesado el monte con un poderoso ejército, perdió la vida en una emboscada que le tendieron Apaturio el Galo y Nicanor. Aqueo vengó al punto la muerte de su pariente matando a Nicanor y Apaturio, y manejó con tanta prudencia y magnanimidad las tropas y demás asuntos, que aunque la ocasión que se le presentaba y los deseos de las tropas contribuían a ceñirse la diadema, rehusó aceptarla, y reservando el reino para Antíoco, el más joven de los hijos de Seleuco, tomó la guerra con empeño y recobró todo lo perdido. Pero luego que por una dicha inesperada tuvo a Átalo encerrado en Pérgamo y bajo su poder

los demás Estados, ensoberbecido con tan prósperos sucesos, al punto dio al traste con su probidad. Se ciñó la diadema, se hizo proclamar rey y vino a ser el más poderoso y temible de todos los reyes y potentados de esta parte del Tauro. En este príncipe pusieron los bizantinos sus principales esperanzas cuando iniciaron la guerra contra los rodios y Prusias.

Ya de tiempos atrás se hallaba este rey resentido de los bizantinos, porque habiéndole decretado ciertas estatuas, lejos de habérselas consagrado, lo habían echado en olvido y escarnio. Estaba también ofendido de que hubiesen puesto tanto empeño en aplacar el odio y la guerra entre Aqueo y Átalo, amistad que, en su concepto, era perjudicial a sus intereses por muchos motivos. Agriaba su dolor ver que los bizantinos, en los juegos consagrados a Minerva, habían enviado ciudadanos que acompañasen a Átalo en los sacrificios, y que a él, cuando celebraba los votos Soterios, no le habían enviado ninguno. Como todos estos agravios tenían reconcentrada la cólera en su corazón, abrazó con gusto la propuesta de los rodios, y convino con los embajadores en que atacasen ellos a los bizantinos por mar, que él prometía hacer otro tanto por tierra. Tales son las causas y principios de la guerra de los rodios contra los bizantinos.

Éstos al principio tomaron con ardor las armas, persuadidos de que Aqueo vendría a su socorro. Habían llamado de la Macedonia a Tibetes para contener el miedo y sobresalto en que Prusias los había puesto. Este príncipe, llevado del impulso que hemos dicho, les había atacado y quitado a Hierón, plaza sobre la boca del estrecho, que los bizantinos por su bella situación habían comprado poco antes a mucha costa, para quitar toda sombra de temor a los comerciantes que navegaban al Ponto, a sus siervos y al tráfico que hacían por mar. Les había ganado también en Asia aquella parte de la Misia que los bizantinos poseían desde hacía mucho tiempo. Los rodios, por su parte, con seis buques que equiparon y otros cuatro que se les unieron de los aliados, compuesta una escuadra de diez navíos al mando de Jenofante, marcharon al Helesponto. Toda esta flota quedó al ancla en torno a Sesto para interceptar la navegación del Ponto, menos un navío en que marchó el comandante a tentar a los bizantinos, por si atemorizados los hacía arrepentirse de su propósito. Pero viendo que éstos hacían poco aprecio, se retiró, e incorporado con el resto de sus buques tornó a Rodas con toda la escuadra. Entre tanto, los bizantinos despacharon dos embajadas, una para implorar el socorro de Aqueo y otra para traer de Macedonia a Tibetes. Tenían el concepto de que este príncipe tenía igual derecho sobre el reino de Bitinia que Prusias, de quien era tío. Pero los rodios, viendo la constancia de los bizantinos, acudieron a la astucia para conseguir sus propósitos.

Habían advertido que la tolerancia de los bizantinos en esta guerra se fundaba en las esperanzas que se prometían de Aqueo, y viendo que este príncipe hacía los mayores esfuerzos por libertar a Andrómaco su padre, preso en Alejandría, enviaron a pedir a Ptolomeo se les entregase. Ya habían dado antes este paso, pero de ceremonia. Ahora insistían de veras sobre el asunto, seguros que después de un servicio semejante tendrían obligado a Aqueo para todo cuanto pidiesen. Los embajadores no hallaron a Ptolomeo en disposición de entregar a Andrómaco, ya que de su detención esperaba sacar ventajas con el tiempo. Tenía este rey a la sazón algunas diferencias pendientes con Antioco; y Aqueo, que acababa de subir

al trono, podía influir bastante en ciertos asuntos. Porque Andrómaco, a más de ser padre de Aqueo, era hermano de Laodicea, esposa de Seleuco. Esto no obstante, Ptolomeo se rindió con plena voluntad a los rodios, y queriendo favorecerles en todo les cedió y entregó a Andrómaco para que le restituyesen a su hijo. Efectivamente, ellos lo ejecutaron al momento y dispensaron a más algunos honores a Aqueo, con lo que privaron a los bizantinos del mayor apoyo. Sucedióles por entonces otra cosa poco ventajosa. Tibetes falleció viniendo de Macedonia. Este accidente, al paso que desbarató sus proyectos y abatió su espíritu, inspiró aliento a Prusias, pues mientras que él hacía la guerra por el lado de Asia y promovía con ardor sus intereses, los tracios que había tomado a sueldo no permitían por el lado de Europa que los bizantinos pusiesen el pie fuera de sus puertas; de forma que, desvanecidas sus esperanzas y trabajados por todas partes, no andaban buscando más que una honesta salida de esta guerra.

Entre tanto, el rey Cávaro llegó a Bizancio y, deseoso de que se terminase la guerra, interpuso su mediación con tanto empeño, que finalmente Prusias y los bizantinos cedieron a sus instancias. Los rodios, que conocieron la diligencia de Cávaro y la anuencia de Prusias, con el anhelo de llevar a cabo su propósito, diputaron a Arídico por embajador a los bizantinos; pero al mismo tiempo enviaron a Polemocles con tres trirremes para presentarles, según dicen, la paz o la guerra. Luego que llegaron éstos, se concertó la paz, siendo gran sacerdote en Bizancio Cotón, hijo de Caligitón. Por lo tocante a los rodios, los pactos contenían simplemente: *Que los bizantinos no exigirían tributo alguno de los que navegaban al Ponto; y mediante esto, los rodios y sus aliados vivirían en paz con ellos.* Por lo perteneciente a Prusias, las condiciones eran éstas: *Habrà paz y alianza entre Prusias y los bizantinos para siempre: por ningún pretexto tomarán las armas los bizantinos contra Prusias, ni Prusias contra los bizantinos; Prusias restituirá sin rescate a los bizantinos las tierras, castillos, pueblos y esclavos que ha hecho durante la guerra; a más de esto, los navíos apresados desde el principio de las hostilidades, las armas tomadas en las fortalezas, la madera, mármoles y tejas que ha quitado del lugar sagrado.* Es de suponer que Prusias, temiendo la venida de Tibetes, había demolido todos los castillos que le habían parecido tener alguna oportunidad para la guerra. *En fin, que Prusias sería obligado a restituir a los labradores de la Misia, país de la dominación de los bizantinos, cuanto algunos bitinios les habían tomado.* De este modo se inició y acabó la guerra que los rodios y Prusias tuvieron contra los bizantinos.